



Las madres del 7 de Abril



Relato pal desolvido n.º 8

Las madres del 7 de Abril

Relato pal desolvido derivado del informe *La tierra se quedó sin su canto. Trayectoria e impactos del Bloque Norte en los departamentos de Atlántico, Cesar, La Guajira y Magdalena. Tomo II. Informe n.º 11 de la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones.*



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 8

Las madres del 7 de Abril

Colección • Relatos pal Desolvido
Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
Director técnico de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea metodológica y conceptual Apropiación Social de la Verdad Histórica de la DAV

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vannezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 28
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-68-5
ISBN digital: 978-628-7792-80-7
ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5
ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *Las madres del 7 de Abril*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes que protagonizan estos Relatos pal Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

Las madres del 7 de Abril / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 8).

28 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-68-5

ISBN digital: 978-628-7792-80-7

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Desaparición forzada - Colombia 2. Búsqueda de personas desaparecidas - Colombia 3. Paramilitarismo 4. Mujeres - Resistencia civil 5. Memoria histórica - Colombia I. Biermann López, Juan, investigador y redactor II. Parra Puentes, Leonardo, diseñador e ilustrador III. Escobar Sabogal, Natalia, línea metodológica IV. Rodríguez, Linda Carolina, editora V. Centro Nacional de Memoria Histórica VI. Serie VII. Título.

CDD: 303.66

CDD 23: 303.6



I

El sol aún entibiaba las latas del techo cuando Johnier abrió la puerta de zinc de la casa. A sus catorce años, tenía las piernas largas y muy delgadas de quien se estiró muy rápido, y en sus ojos traía la sorpresa de algo vivido horas atrás.

—Lleguééééé —gritó tras cerrar la puerta, para luego sacar de su mochila la camiseta que había sudado durante el entrenamiento de fútbol.

—¿Cómo te fue? —preguntó su mamá, recibéndole la camiseta.

Johnier se apoyó sobre la pared de ladrillo, en el límite imaginario entre la sala y la cocina y abrió la boca, pero no pronunció palabra.

Esperanza —su mamá— colgó la camiseta en un gancho y miró a su hijo a los ojos.



—¿Y a ti qué te pasa?

—Es que... es que... es que hoy estuvimos jugando, pero en un momento nos cambiaron el balón... por una cabeza.

—¿Una cabeza? ¿Una cabeza de qué?

—Una cabeza de una persona.

Esperanza levantó sorprendida los brazos, tumbando —con el gancho— la camiseta colgada.

—Tú sí echas cuentos —habló la mujer recogiendo del piso gancho y camiseta.

—No, no, no es ningún cuento. El pastor la sacó de una bolsa y dijo que era parte del entrenamiento...

—¡¡Johnier Alfonso!! —exclamó la mujer, cayendo al suelo una vez más lo recién recogido— ¡No me vengas con mentiras! ¿Cómo se te ocurre eso tan horrible?

—Ma, pero es verdad...

—¡Basta! —lo volvió a interrumpir— ¿Te creíste que soy boba?

—No, no, no —se defendió el joven—, te lo juro por Diosito.

—¡No jures en vano! ¿No estarás tú metiendo cosas raras?

Y sin esperar respuesta ni acordarse de la camiseta aún en el piso, se acercó a su hijo, le agarró las manos y le olfateó los dedos, pero no descubrió ningún olor sospechoso. Luego, lo miró a los ojos, con la ilusión de descubrir que todo no era más que una broma de mal gusto.

Esperanza le soltó las manos y le ordenó que recogiera la camiseta, y agregó:

—Que yo no me entere que le andas contando esas mentiras a la gente.

Esa noche, mientras Johnier ya dormía en el colchón que compartían en el único cuarto de la casa, Esperanza se quedó despierta mirando el techo de lata. Las palabras de su hijo retumbaban en su cráneo como el eco de una explosión. ¿Cómo era posible que a su niño se le hubiera ocurrido semejante mentira tan desagradable?



Tres días después, en una tienda de la calle 51B, Esperanza se encontró con Consuelo, una vecina amiga de la cuadra.

—Ajá, Consu —la saludó.

Se pusieron a conversar y, pese a intentarlo, Esperanza no consiguió evitar contarle a su vecina lo que Johnier le había dicho.

Tan pronto lo dejó salir, Esperanza creyó que Consuelo se reiría y diría algo como «esta juventud tan creativa», pero Consuelo permaneció en silencio, súbitamente seria; y luego, bajando la voz, preguntó:

—¿Tu muchacho también te contó eso?

—¡¿También?! —exclamó Esperanza, llamando la atención de algunas personas cercanas.

Con un gesto, Consuelo le indicó que más bien hablaran fuera de la tienda. Una vez afuera, sin retomar su volumen habitual, Consuelo continuó:

—A mí mi Kevin me llegó con la misma historia, que dizque era parte del entrenamiento...

Al escucharla, un escalofrío recorrió la espalda de Esperanza y luego habló:

—No puede ser verdad... Tenemos que saber si es verdad... Hay que contarle en la Casa de la Mujer, pa saber si es un chisme de nuestros niños no más o si otras mamás también lo han escuchado.

—Ajá, buena idea —asintió Consuelo—, tenemos que averiguar, porque si esto es verdad... —pero no concluyó la frase.

La Casa de la Mujer del barrio 7 de Abril era una construcción aún en obra gris que contaba con algunas mesas y sillas, un tablero verde, borrador y tizas, además de dos armarios y una cocina con estufa de leña. Ese domingo en la tarde, unas veinte mujeres —algunas trayendo a sus hijos más pequeños— se habían reunido a hablar de la vida, del barrio y de cómo poder ayudarse mutuamente.

Tratados los temas habituales —la inseguridad, la falta de empleo, los problemas con el suministro de agua y los avances en la adecuación de la



casa en la que estaban—, Consuelo pidió la palabra para contarles a las allí reunidas algo que Esperanza y ella habían escuchado de sus hijos, y quería que las ayudaran a comprobar si era una simple mentira o si tenía algo de verdad.

Consuelo les contó sobre los muchachos y la cabeza-balón, sobre las prácticas de fútbol con el pastor, sobre los viajes al otro lado del río.

Cuando terminó, la casa se llenó con ese silencio que parece la mezcla de todos los sonidos posibles.

Entonces, habló Milagros —doña Mili para las amigas—, una mujer de hermosa melena plateada que vivía en el barrio vecino de Santa María:

—Mi nieto me contó algo parecido hace unas semanas.

Tras ella, Rossi, del vecino barrio de Lipaya, afirmó:

—El hijo de mi cuñado también llegó con ese cuento.

Después, Bleidy, del vecino barrio de Villa Carmen:

—Yo escuché a dos pelaos hablando de eso en la tienda.

El silencio volvió, pero diferente: parecía aquel que brota del fondo de un abismo.

Doña Mili retomó la palabra:

—Sé lo que están pensando, pero eso no es lo más preocupante. Lo preocupante es lo que puede venir después.

—¿Cómo así?! —exclamó Esperanza.

—Los están acostumbrando —contestó doña Mili—, los están preparando para algo peor.

La reunión se extendió hasta entrada la noche. Al final, llegaron a una conclusión: había que ponerlo en conocimiento de la Policía.

Tres madres —Esperanza, Consuelo y Milagros—, en la mañana del martes siguiente, atravesaron caminando el arroyo Don Juan y la Troncal del Caribe, y entraron en el contiguo municipio de Soledad, hasta llegar al Comando Departamental de Policía, en la calle 81 con 14.



El sol ya pegaba fuerte cuando arribaron ante la puerta de la alta fachada de pared, alguna vez blanca. El suboficial de turno las escuchó sin mirarlas, mientras lustraba los prendedores de su uniforme n.º 3. Concluido el relato, el hombre levantó la mirada y dijo:

—Eche, ¿y los muchachos no dijeron si la cabeza tenía pelo largo? Porque ahí si estaban jugando con la propia peluda —luego, casi cayendo de la silla, derramó una catarata de carcajadas que contagió a otro uniformado que pasaba cerca.

El suboficial de guardia, al ver la reacción de su subalterno, logró amainar sus risotadas y, dirigiéndose a las tres mujeres, dijo:

—Ese cuento estuvo bueno —con un gesto de su mano abierta impidió que doña Mili lo interrumpiera—. Yo les recomendaría que, si les gusta el chisme, no se crean todo lo que escuchan, menos si viene de pelaítos que parece que ya tienen el cerebro frito de todo lo que se meten.

De regreso al barrio, caminaron en silencio las tres madres, hasta que Milagros, ya sintiéndose cerca de casa, miró a sus amigas y dijo:

—En esto estamos solas.

—Ni tan solas —la contradijo Esperanza—, si nos organizamos.

II

El siguiente domingo en la tarde, la Casa de la Mujer estaba a rebosar. Primero, el rumor de la cabeza-balón y, luego, la noticia de la indiferencia policial habían corrido por los barrios como pólvora encendida; y ahora, casi cuarenta mujeres, la mayoría de pie, querían saber qué se iba a hacer.

—Yo ya tengo claro —habló Esperanza— que la Policía no va a hacernos ni caso. Entonces, vecinas, amigas, yo pregunto: ¿tenemos alguna otra opción que no sea organizarnos entre nosotras y tomarnos esta vaina en serio, sabiendo que nadie vendrá a resolvérnosla?

—¿Y cómo es eso de organizarnos? —preguntó una mujer de pie.



—Podemos distribuirnos responsabilidades
—intervino entonces doña Mili—. Somos suficientes para cubrir varios frentes.

Un domingo más, la reunión se extendió hasta entrada la noche, pero lograron definir tareas y distribuirlas. Unas diez mujeres se encargarían de establecer lazos con otras mujeres y otras casas de la mujer en municipios aledaños para tejer una red de información y alertas tempranas. Otras ocho recorrerían los barrios y, de ser el caso, organizarían charlas para advertirles a los muchachos sobre el «pastorcito mentiroso» —como ya le decían a quien los invitaba a prácticas de fútbol—; otras cuantas investigarían más sobre esos «grupos al margen de la ley» (era mejor no pronunciar en voz alta la palabra *paramilitares*) que andaban reclutando muchachos. Y las demás buscarían formas de ofrecerles a los jóvenes «algo sano que hacer» para que no tuvieran que permanecer encerrados todo el día.

Durante las tres semanas siguientes, todo marchó: las mujeres del primer grupo descubrieron que no solo en Barranquilla y en Soledad, sino además en otros puntos de la costa Caribe, la

cabeza-balón había aparecido. Las del segundo grupo lograron que varios muchachos dejaran de ir a los «entrenamientos de fútbol» al otro lado del río. Las del tercer grupo averiguaron que el reclutamiento de adolescentes era un fenómeno viejo en la región, que se había intensificado en los últimos años. Y las demás organizaron clases de alfabetización para adultos por las mañanas y clases de canto y baile por las tardes.

Todo iba sobre ruedas hasta esa mañana de domingo de finales de abril. Esperanza llegó temprano a la Casa de la Mujer y, al ver que la puerta cedía sin haber siquiera metido la llave, su corazón quiso escapársele garganta arriba.

Adentro, el caos. Las sillas y las mesas plásticas estaban rotas, desparramados en el piso los platos y cubiertos que recordaban la comida compartida la última vez. Las cajas con documentos habían sido volcadas y, como si fuera otoño, las hojas cubrían por entero el piso. Además, los carteles y carteleras habían sido arrancados de mala manera, pisoteados sus jirones.

Hubo algo peor: los panfletos dejados sobre la única mesa de madera —aún en pie— allí. Con manos temblorosas y mirada empañada, Esperanza leyó:



FRENTE JOSÉ PABLO DÍAZ - BLOQUE
NORTE - AUTODEFENSAS UNIDAS
DE COLOMBIA

ADVERTENCIA A LA COMUNIDAD:

SABEMOS QUE HAY PERSONAS QUE SE
OPONEN AL DEBER PATRIOTICO DE LA
LUCHA ANTISUBVERSIVA. LE RECORDAMOS
A LA COMUNIDAD QUE TODOS TENEMOS QUE
APORTAR NUESTRO GRANITO DE ARENA EN LA
LUCHA CONTRA LA GERRILLA COMUNISTA. LOS
QUE SIGAN Oponiendose y apoyandola, SE
CONVERTIRAN EN OBJETIVO MILITAR.

FIRMA: COMANDANCIA F J P D

Esperanza dejó caer el volante recién leído y se sentó en el borde de la mesa, cansada, como si hubiera venido caminando desde Riohacha.

Así, respirando una fatiga que parecía inagotable, la encontraron las demás mujeres, que también se dieron de bruces contra el triste espectáculo de haber sido violado, esculcado y puesto patas arriba su espacio.

Algunas se pusieron a llorar. Otras entraron en cólera y gritaron cosas como: «Si tocan a una, nos tocan a todas». Ninguna mencionó siquiera la opción de recoger lo salvable y huir.

Al llegar doña Mili y, tras detallar lo ocurrido e intercambiar primeras impresiones, levantó la voz y dijo:

—Vecinas, madres, abuelas, amigas, esto fue un golpe bajo, propio de cobardes, para asustarnos. Algo estaremos haciendo bien, ¿no? Además, con esta carta de amor —levantó uno de los volantes amenazantes—, ya sabemos quién nos pretende.

—Es verdad —le contestó Consuelo—, ¿pero qué vamos a hacer?



—¿Cómo que qué? —intervino Esperanza—
¿Qué hace una cuando alguien amenaza a
un hijo?

El primer domingo de mayo de 2001, ya limpia y organizada de nuevo la Casa de la Mujer del barrio 7 de Abril de Barranquilla —aunque con menos sillas que ofrecer—, llegó Leicy con su hijo Jerónimo, un muchacho flaco, de 17 años, con la mirada clavada en el cemento del piso.

—Yo, la verdad —dijo Leicy—, no pensaba venir hoy ni nunca más, pero es que es importante que mi muchacho les cuente lo que me contó —con un gesto, instó al adolescente.

—Me llevaron... me llevaron pal monte.

—No se escucha, más duro... —alguna gritó.

—Me llevaron —repitió alzando la voz, no así la mirada—; conmigo había muchos muchachos más, más que ustedes —se detuvo, respiró, miró a la mamá—; eran de estos barrios... nos ponían a entrenar con morrales llenos de piedras, a cruzar ríos crecidos agarrados de una cuerda, a

caminar durante horas y horas... y si alguien se caía, le daban tabla...

—¿Viste allá a Johnatan Andrés? —preguntó una madre.

—Nos hacían cosas horribles —continuó el joven sin escuchar lo preguntado—, nos ponían a ver cuando mataban gente. Un día, nos sirvieron carne... y, al terminar... se rieron y dijeron que...

—¿Estaba contigo Johnatan Andrés? —insistió la madre.

—Pero ya no estoy allá —concluyó Jerónimo.

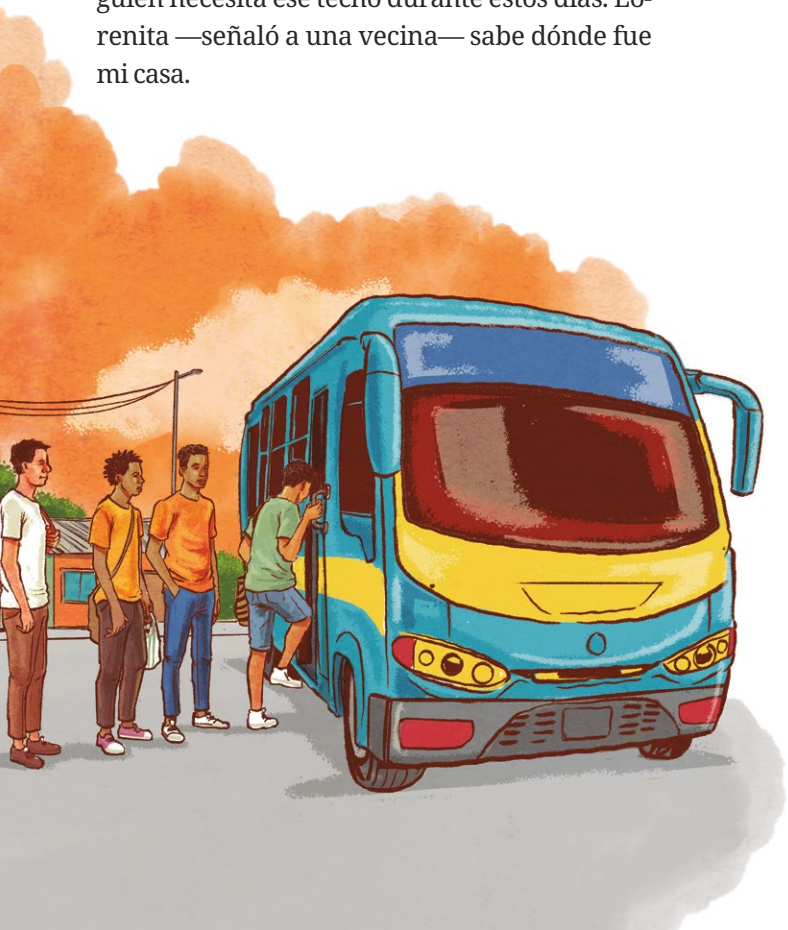
—Cuenta cómo te escapaste —le pidió Leicy.

—En un entrenamiento en el río, había que pasar agarrado de una cuerda. Yo salté, me boté a la corriente y, gracias a Dios, no me golpeé... y pude nadar hasta la orilla y correr... pero ellos me vieron huir.

No pudo seguir. Leicy lo abrazó y habló por él:

—No queríamos venir, pero es importante despedirse, pa que no la tomen a una por ingrata. En dos horas sale nuestro bus. Pagué arriendo

hasta fin de mes. Aquí están las llaves, por si alguien necesita ese techo durante estos días. Lorenita —señaló a una vecina— sabe dónde fue mi casa.



III

Los reclutadores supieron adaptarse. Cuando notaron que la invitación a jugar fútbol ya no convencía a los jóvenes, procedieron a cambiar la táctica. Les ofrecieron trabajo remunerado recogiendo café y algodón.

En esos barrios, donde «desempleados andamos todos» y el hambre era una vergüenza común y compartida, la promesa de un trabajo legal y pagado sonaba a declaración de amor.

Un bus salió el segundo martes de octubre de 2001, al amanecer. Se llevó a doce muchachos del barrio Villa Carmen. Ninguno regresó.

Otro más salió el jueves de la semana siguiente. Esta vez fueron quince, de los barrios Santa María y El Bosque.



Cuando las mujeres de la Casa se enteraron de que el siguiente estaba programado para salir el último viernes de ese octubre a las 5:00 de la mañana, desde la esquina de la calle 74 con carrera 9.^a sur; y que se llevaría principalmente a muchachos del barrio 7 de Abril, decidieron que ya era hora de pasar a la acción.

—Tenemos la fecha, el lugar y la hora —dijo Esperanza en una reunión extraordinaria organizada la tarde del miércoles en la Casa de la Mujer—, solo nos falta saber cuántas vamos a estar allá, firmes, para evitar que se lleven a nuestros muchachos.

—Esa gente es peligrosa —advirtió una madre.

—Si dejamos que se lleven a nuestros muchachos —intervino Consuelo—, se volverán no solo más peligrosos, sino más poderosos.

—Ellos andan armados —intervino otra madre.

—De lo que se trata —habló entonces doña Mili— no es de enfrentarlos, sino de impedir que nuestros muchachos se vayan con ellos.

Ese miércoles la reunión terminó entrada la noche, sin llegar a un compromiso de todas

las asistentes. Sin embargo, pese al miedo, esa madrugada de viernes, antes de que dieran las 5:00 a. m., en el punto de salida del bus había siquiera veinte madres, y su número ascendió con el pasar de los minutos.

Pasaditas las 5:00 a. m. apareció el bus: un vehículo viejo, alguna vez azul, que corcoveaba como rocín con asma; y, detrás de él, una camioneta blanca de vidrios polarizados.

Con la aparición del bus, salieron como de la nada una decena de jóvenes, entre los que Esperanza reconoció a su hijo Johnier.

Fue él quien se acercó a ella:

—Ajá, ¿y tú por acá?

—Nos vamos ya pa la casa —respondió ella airada.

—Por una vez que consigo trabajo —se defendió el adolescente— y tú...

—¿Cuál trabajo?! —exclamó Esperanza y, mirando a jóvenes y madres a su alrededor, sin bajar el volumen, continuó— ¿¡Cuál trabajo?! Si ya los pusieron a jugar fútbol con una cabeza humana, ¿cuál creen que será el siguiente paso? Está muy bien soñar, pero es que esta gente...



Un empujón cortó las palabras de Esperanza. Tres mujeres salieron en su defensa, pidiéndoles a los jóvenes no dejarse embaucar por falsas promesas.

—¡Pónganme atención! —gritó doña Mili varias veces— ¿Ustedes ven por aquí a Leicy o a su hijo? No. ¿Por qué? Porque el hijo de ella sí se subió a uno de estos buses y pudo escaparse del infierno que los espera.

—¡Deje de hablar mierda y más bien ábrase! —dijo el copiloto del bus—. Aquí hay trabajo y paga, pero de eso las mujeres no entienden.

De entre la treintena de mujeres allí, surgió la voz de doña Prudencia, aguda y frágil:

—Mi nieto Armando se subió a uno de esos buses en Villa Carmen hace ya casi un mes. Desde entonces, solo he recibido rumores de que no lo siga esperando porque no va a volver —y rompió a llorar.

Los dos hombres que venían en el bus empezaron a dar voces y a empujar a las mujeres que rodeaban a los jóvenes. Incapaces de vencer ese cerco, llamaron a quienes venían en la camio-

neta blanca. Se bajaron cuatro hombres, uno de ellos con un rifle de asalto.

—¡¡Dispare!! —gritó Esperanza, al ver al hombre armado— ¡Dispará, a ver si sos tan hombre!

La situación: doce jóvenes, rodeados por unas treinta mujeres, contra seis hombres, un fusil de asalto y quizás algunas armas más.

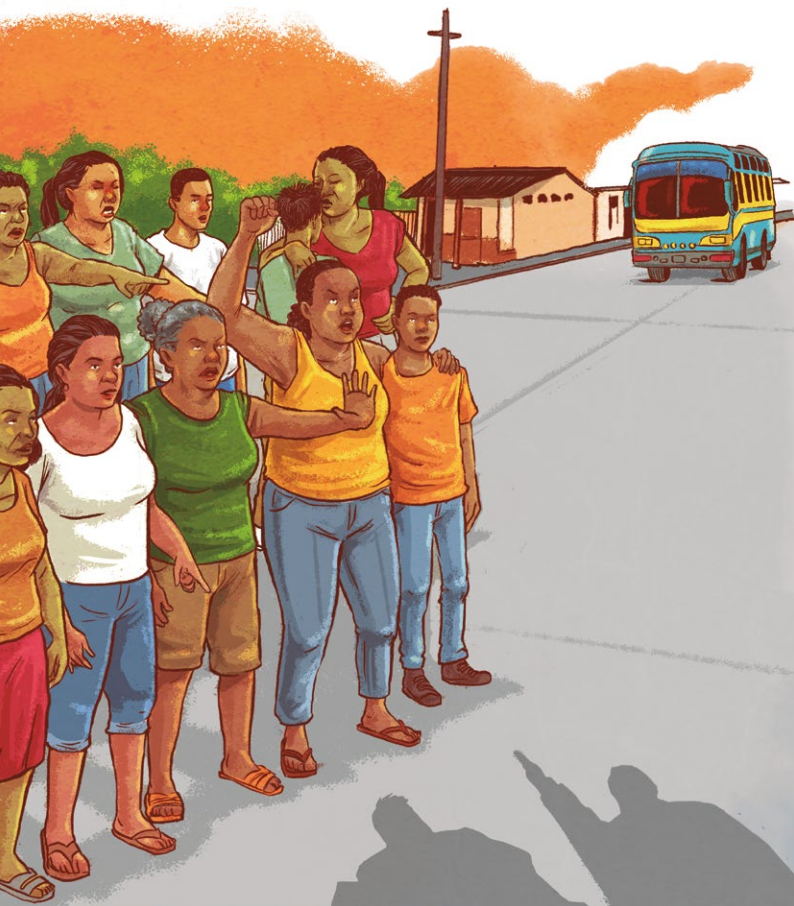
—Esto no se queda así —gritó ante esta situación un tipo canoso junto al que tenía el rifle—, este barrio nos pertenece, con o sin ustedes.

Dicho esto, ante un rival numéricamente superior, los seis hombres —en el bus y la camioneta— arrancaron levantando polvo de la calle sin asfaltar.

Al ver partir a los reclutadores, las mujeres se miraron satisfechas y contentas.

—¿Quién no ha desayunado? —preguntó a buena voz una madre.

Una serenata de risas quebró la tensión acumulada y, con el sol naciente de fondo, madres, abuelas e hijos regresaron a casa sanos y salvos.





Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/la-tierra-se-quedo-sin-canto-tomo-ii/>



Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



Cuando Esperanza se encuentra con su amiga Consuelo descubren que sus hijos están en grave riesgo de ser reclutados por paramilitares. Es entonces que aparece doña Milagros y, juntas, con otras madres y abuelas más, deciden resistir organizadamente, pese al miedo y las amenazas, porque si ellas no lo hacen, nadie velará por el futuro de los muchachos del barrio.
